

LAS TRAMAS DE LA MEMORIA. INTRODUCCIÓN

Teresa Basile
Universidad Nacional de la Plata

Abril Trigo
Ohio State University

La problemática de la memoria

Si algo hemos aprendido acerca de la memoria en las últimas décadas del pasado milenio ha sido a sospechar profundamente de ella. No tanto por su falibilidad como por su maleabilidad. Y no se trata, por supuesto, de nada nuevo, pues ya Platón debatió en diversos escritos —particularmente en *Fedro*— sobre ambos problemas, aunque es sobre todo a partir de la segunda mitad del siglo XX cuando estos pasan a convertirse en obsesión. Sobre todo el segundo, pues si el carácter falible de la memoria es una preocupación constante en la historia occidental desde la antigüedad clásica, su maleabilidad —es decir, ese carácter plástico y flexible que la hace susceptible a construcciones, destrucciones, prescripciones y proscripciones constantes— es un hallazgo —y antes un ejercicio— de la modernidad. No es casual que la memoria sea un referente explícito o implícito permanente tanto en la reflexión de Marx, como de Nietzsche, como de Freud, acertadamente definidos por Ricoeur como “filósofos de la sospecha”. Al fin de cuentas, la memoria es maleable porque falible y falible porque maleable.

Esta sospecha, no obstante, no ha disminuido el valor epistémico y hasta ontológico adquirido por la memoria, todo lo contrario. Cuanto mayor la crisis del sujeto moderno y las instituciones que le sirven de fundamento, como el estado, la nación y la modernidad misma, mayor misterio adquiere ese insondable poso de la subjetividad y las identidades. Más necesario se vuelve, más elusivo también. En un momento quizás culminante de la civilización

occidental capitalista, cuando todos los rincones de la subjetividad y la vida social, incluyendo las memorias, son pasados por la trituradora de la mercantilización —recordemos, la memoria de la mercancía se consume en sí misma—, la memoria se convierte en otro oscuro objeto de deseo, si no es que sucumbe a la lógica del valor.

Esa condición inasible aunque ubicua de la memoria, imposible de localizar en el tiempo y el espacio aunque habite siempre y determine espacios y tiempos, impuso la idea de su supuesta inmaterialidad. Sin embargo, nada más material que este soplo porfiado y evanescente que es la materia de la que estamos hechos, según dijera Jesús Martín Barbero. Los más recientes estudios en neurociencia confirman la distribución de las funciones de la memoria en distintas zonas del cerebro, así como un permanente trasiego de información entre ellas a través de circuitos neuronales (el hipocampo, por ejemplo, cumple una función central en la transferencia y traducción entre memoria de corto plazo y memoria de largo plazo). Pero lo más novedoso es que el cerebro no es un mero archivo o depósito pasivo de recuerdos, dado que estos no solamente resultan transformados en su circulación neuronal, sino que además, y más importante aún, transforman, expanden o reducen la capacidad y las funciones mismas de aquel. Esto confirma tanto la plasticidad del cerebro como la materialidad de la memoria. No obstante, nuestra experiencia de y con la memoria continúa siendo tan enigmática como íntima. Esto explica que cuando se busca representar o aprehender la memoria se recurra siempre a alguna metáfora, desde la tablilla de cera de Platón o la pizarra mágica de Freud hasta la memoria-biblioteca o la memoria-computadora. Debido a la falibilidad y la maleabilidad mencionadas más arriba, preferimos la metáfora de la trama, palabra proveniente del latín cuyas principales acepciones refieren a un “conjunto de hilos que, cruzados y enlazados con los de la urdimbre, forman una tela”, o un “artificio, dolo, confabulación con que se perjudica a alguien”, o una “disposición interna, contextura, ligazón entre las partes de un asunto u otra cosa, y en especial el enredo de una obra dramática o novelesca”, según el Diccionario de la Real Academia Española. La memoria como trama y entramado; como guión, como trampa, como coartada; como fabulación y confabulación.

La lucha política por la memoria

No hay duda de que la problemática de la memoria es uno de los temas más acuciantes en el mundo actual. En América Latina, la experiencia traumática del terrorismo de Estado en los países del Cono Sur (Argentina, Chile, Uruguay) durante los 70 colocó la cuestión de la memoria, y más concretamente aún de las políticas de la memoria, en el centro del debate político, la reflexión cultural, la práctica artística y la investigación académica. El encarcelamiento generalizado, el exilio, la tortura, el asesinato y la desaparición de personas, condujo desde los años 80 a la producción de un corpus formidable de testimonios y otras expresiones literarias; películas y obras plásticas; museos, monumentos y sitios de memoria (como los ex centros de detención clandestinos); comisiones de la verdad e informes sobre los derechos humanos; así como una abundante investigación crítica que ha sido particularmente perspicaz en los campos de la historia, la psicología, las ciencias políticas y los estudios culturales.

La contribución de este movimiento cultural y político a la promoción de los derechos humanos y la preservación de las memorias personales y culturales, sobre todo en Argentina, es excepcional, no sólo por la cantidad y la calidad de lo publicado, sino más importante aún, porque el tema de la memoria se ha instalado en el centro del imaginario social. Desde la publicación del *Nunca más* en 1984, el primero de una serie de informes oficiales a ser publicados sobre las violaciones de los derechos humanos en América Latina, cerca de 600 efectivos militares fueron llevados ante la justicia acusados de tortura, asesinato y desaparición de personas, incluyendo a los miembros de tres juntas militares. A través del trabajo sostenido a lo largo de años de organizaciones ya emblemáticas como Madres de Plaza de Mayo, Abuelas de Plaza de Mayo e H.I.J.O.S., 116 niños desaparecidos (hijos e hijas de detenidos desaparecidos) fueron encontrados, restituyéndoseles su identidad original. Desde el lanzamiento de la campaña por "la memoria, la verdad y la justicia" en 2003, no hay postura política que permita eludir el tema.

Sin embargo, esta lucha obviamente política por la memoria, que es también una lucha política por el control y la determinación de la memoria, no podía sino tener consecuencias imprevistas. En primer lugar, la politización de memorias privadas terminó asimilándolas a

memorias sociales, de modo que la demanda personal de recordar a la persona desaparecida, por ejemplo, subsume la demanda política de recordar el acto de la desaparición. No son lo mismo, claro está, aun cuando parezcan inextricables. La demanda afectiva de los deudos se convierte en demanda política al hacerse social, y ese es el sentido que tiene la demanda irrealizable de “vivos los queremos”, cuya carga afectiva privada galvaniza el carácter utópico que garantiza la eficacia política de la demanda. En un paralogismo similar, muchas veces ocurre que memorias sectoriales o partidarias son entendidas como una memoria nacional, como ocurre cuando es la ideología misma de algunos militantes desaparecidos lo que confirma a estos como mártires de la patria. En otras palabras, la lucha por preservar la memoria de acontecimientos personal y socialmente traumáticos se compromete una vez más en la ingeniería política de la memoria. En segundo lugar, y como evidencian las demandas de “vivos los queremos” y “ni olvido ni perdón”, el carácter utópico de la demanda, al poner el énfasis en lo imposible más que en lo probable, y al atar lo político-social a lo afectivo-personal, puede conducir a un callejón sin salida, tanto política como afectivamente, al bloquear los caminos para un necesario olvido terapéutico. Por último, importa señalar que el uso tantas veces político partidario de una lucha esencialmente política ha oscurecido el hecho de que la crisis de la memoria desatada por el terror militar fue parte de una crisis mayor, de una crisis más en el permanente estado de crisis de la memoria que es inherente a la modernidad, crisis esta vinculada a la emergencia de un nuevo —y mucho más devastador— régimen de memoria de carácter mundial.

Las otras memorias y las memorias de otros

A partir de los 90, otros países, arrastrados también por experiencias socio-políticas traumáticas, como Perú, Guatemala, Colombia y más recientemente México, asumirían de distintas maneras la problemática de la memoria, que de ninguna manera se limita a América Latina, como lo prueba esa suerte de tropo universal del trauma histórico de la modernidad que es la *Shoah*. No obstante el empuje que han cobrado los estudios sobre memoria en los países mencionados y la perturbadora cualidad de testimonios ensayísticos como *El infierno* (1993) de Luz Arce y *Memorias de un soldado desconocido* (2012) de Lurgio Gavilán Sánchez, así como

investigaciones más puntuales sobre experiencias concretas en otros países, la crítica conosureña sigue aún ejerciendo una suerte de hegemonía por omisión en cuanto al tratamiento del tema, al continuar reproduciéndose ciertos modelos críticos y reflexiones teóricas establecidos con anterioridad que obstaculizan discernir la complejidad histórico-estructural y las huellas profundas de la colonialidad en la(s) memoria(s) en América Latina hasta el día de hoy.

Sin duda, la problemática de la memoria en América Latina exhibe su propia temporalidad y su propia historia, que arranca con la conquista, se continúa bajo las distintas variantes del colonialismo, el neocolonialismo, el poscolonialismo y el colonialismo interno, y se reformula en la organización de los estados modernos, la invención de los imaginarios nacionales y la configuración de identidades siempre en vilo, siempre ambiguas, siempre en disputa. Mucho se ha escrito en América Latina sobre esta esquizia constitutiva de las identidades configuradas a partir de la experiencia colonial y conflictuadas por la heterogeneidad de una modernidad siempre otra, pero poco se ha trabajado, al menos explícitamente y hasta ahora, la problemática de la memoria. Para Aníbal Quijano, la memoria es un componente fundamental y problemático de la subjetividad moderna y colonial configurada a partir de la matriz del eurocentrismo,

nuevo modo de producción y de control de subjetividad —imaginario, conocimiento, memoria— [que] expresa la nueva subjetividad, las relaciones intersubjetivas, que se procesan en el nuevo patrón de poder. Es decir, los nuevos intereses sociales y las nuevas necesidades sociales que se generan y se desarrollan dentro de la experiencia de la colonialidad del poder, en especial de las relaciones entre el nuevo régimen de dominación social ordenado en torno de la idea de “raza” y el nuevo sistema de explotación capitalista. (Quijano 2006 191)

Estudiando desde el presente y desde su propia esquizia de historiadora mestiza, Silvia Rivera Cusicanqui observa la existencia simultánea y conflictiva de dos horizontes de memoria colectiva y pertenencia ideológica, una memoria larga de las luchas anticoloniales del siglo XVIII,

catalizada por un presente de discriminación y exclusión, y una memoria corta fundada en la experiencia cultural mestiza del movimiento campesino. Ambas articulan, de manera subrepticia y subyacente,

...un modo de dominación sustentado en un horizonte colonial de larga duración, al cual se han articulado –pero sin superarlo ni modificarlo completamente– los ciclos más recientes del liberalismo y el populismo. Estos horizontes recientes han conseguido tan sólo refuncionalizar las estructuras coloniales de larga duración, convirtiéndolas en modalidades de colonialismo interno que continúan siendo cruciales a la hora de explicar la estratificación interna de la sociedad boliviana, sus contradicciones sociales fundamentales y los mecanismos específicos de exclusión-segregación que caracterizan la estructura política y estatal del país y que están en la base de las formas de violencia estructural más profundas y latentes. (Rivera Cusicanqui 2010 37)

La metáfora de “horizontes” propuesta por Rivera Cusicanqui alude a contradicciones socio-culturales históricamente irresueltas. De acuerdo a esto, la realidad andina actual no se podría explicar cabalmente sin la persistencia de esa estructura colonial profunda, horizonte de memorias sobre las cuales se han ido solapando sucesivos horizontes de memoria. Ello explica que tanto la identidad india, como la mestiza, como la *q’ara*, cada una de ellas característica de un horizonte histórico, hayan sido forjadas en el marco estructurador del colonialismo interno. Cada horizonte histórico operaría simultáneamente en varias dimensiones que se traslapan, entrecruzan o invalidan, desde las relaciones de producción y las formas de dominación política, hasta el campo de las ideologías, los afectos y las memorias donde se decantan las identidades y los imaginarios, pasando, por supuesto, por la esfera cotidiana de la praxis social.

¿Por qué esta larga referencia a la colonialidad? Porque la *colonialidad* haría referencia a las estructuras históricas materiales de subordinación de amplias regiones del mundo a la civilización capitalista moderna occidental, proceso que arrancara con las exploraciones, conquistas y colonizaciones del siglo XV hasta alcanzar su plenitud con el régimen global actual. De esta manera, la *colonialidad* –que sería el envés complementario e indispensable de la

modernidad capitalista— comprendería todas las variantes históricas del colonialismo, el neocolonialismo y el poscolonialismo, hasta el día de hoy (Trigo 2014). Es decir, porque la teoría de la colonialidad proporciona un marco histórico e interpretativo que nos permite pensar las crisis de memoria que afligen a tantos países de América Latina desde las últimas décadas del pasado siglo como manifestaciones de un proceso de larga duración a escala mundial. Adoptar esta amplitud de enfoque —aunque no necesariamente la teoría de la colonialidad per se— permitiría superar por un lado la tendencia a interpretar estas crisis como procesos políticos meramente endógenos a las sociedades afectadas y, por otro, a responsabilizar de los mismos a factores, agentes o intereses geopolíticos externos.

Adoptar esta amplitud de enfoque nos permitiría contemplar muchas otras crisis de memoria —muchas otras memorias en crisis— como casos, ejemplos, fragmentos de un estado de crisis más vasto y duradero. No importa cuánto uno ha sido admirador de Eduardo Galeano, ¿pero cómo no admirarse de su sensibilidad para comprender que la memoria histórica de América Latina solo puede aprehenderse de forma fragmentaria? Así lo explica al comenzar el primer tomo de *Memoria del fuego*:

A lo largo de los siglos, América Latina no sólo ha sufrido el despojo del oro y de la plata, del salitre y del caucho, del cobre y del petróleo: también ha sufrido la usurpación de la memoria. Desde temprano ha sido condenada a la amnesia por quienes le han impedido ser. La historia oficial latinoamericana se reduce a un desfile militar de próceres con uniformes recién salidos de la tintorería. Yo no soy historiador. Soy un escritor que quisiera contribuir al rescate de la memoria secuestrada de toda América, pero sobre todo de América Latina, tierra despreciada y entrañable: quisiera conversar con ella, compartirle los secretos, preguntarle de qué diversos barro fue nacida, de qué actos de amor y violaciones viene. (Galeano 1991 12)

Posmemoria de HIJOS e hijos

El creciente interés por el activismo político y la producción cultural de HIJOS e hijos, un mini *boom* de la última década en el contexto argentino, se debe en gran medida a la

posibilidad de instaurar una continuidad en las políticas de la memoria, ahora a cargo de la segunda generación. Tal como afirma Luis Bruschtein: “El surgimiento de HIJOS fue un hecho conmovedor en el ámbito de los derechos humanos [...] proyectó una perspectiva de futuro” (2005 4). Pero no es menos cierto que su irrupción en la escena pública significó un notable renuevo respecto al cansancio y la saturación de los modos en que la memoria se articulaba, aportando una relectura selectiva y original de la herencia que recibieron: ya sabemos que “la mejor manera de serle fiel a una herencia es serle infiel” (Derrida y Roudinesco 2009 10).

Nacidos en 1995 como organización de Derechos Humanos transformaron la arquitectura misma de dichos organismos cruzando la narrativa humanitaria con ciertos ideales revolucionarios tomados de los padres. Por un lado, crearon el “escrache” como una vía alternativa de protesta y reclamo de verdad, justicia y castigo que combinaba una dosis de violencia (arrojando pintura en las casas de los represores) con explosiones de alegría, música, movimiento y color (Cueto Rúa 2008), distanciándose así de los rituales solemnes de otros organismos. Por el otro, recuperaron una imagen de los padres que permanecía silenciada. Dan un paso más allá de las perspectivas de los padres como “subversivos” que el sector militar les endilgó durante la dictadura y de la estampa de “víctimas inocentes” esgrimida en el Juicio a las Juntas Militares en los inicios de la democracia, para reconocerlos como militantes, miembros de la izquierda revolucionaria armada, idealistas y soñadores que peleaban por un mundo mejor.

Con sus producciones en cine, fotografía y literatura innovaron la escena cultural abriendo los “trabajos” de la memoria (Jelin 2002) tanto hacia una lectura de la militancia como hacia el mundo de la afectividad, de la interioridad de la vida familiar y del hogar rasgado por el terror estatal (tal como analizan los artículos del presente volumen dedicados al tema) que ellos mismos experimentaron durante su niñez, explorando de este modo el lugar de la infancia en la coyuntura de los 70. Apostaron a una lengua irreverente, al empleo de la parodia y la autoparodia, a la incorrección política, al quiebre de la autoridad del testimonio y de las certezas de la memoria, rebelándose ante los discursos fosilizados de la memoria. Por ello se autoimaginaron como “bastardos”, “post-huerfanitos paródicos”, “mutantes” para asaltar el centro de la escena: “Ahora me toca a mí” (Gatti 2011, Prividera 2009)

Este es un movimiento que se multiplica a lo largo de América Latina con la proliferación de Hijos e hijas por la memoria y contra la impunidad de Colombia, H.I.J.O.S. México, H.I.J.O.S. Bogotá, H.I.J.O.S. Chile, H.I.J.O.S. Guatemala, H.I.J.O.S. Uruguay, e incluso H.I.J.O.S. Madrid e H.I.J.O.S. Barcelona, entre otros, provocando una internacionalización de sus reclamos, tal como se advirtió recientemente en el caso de los 43 estudiantes normalistas desaparecidos en Ayotzinapa (<http://hijosguate.blogspot.com.ar/>).

Nuestro propósito

Nuestro modesto propósito al convocar a este dossier ha sido abrir el campo de la memoria, ampliar el estudio de la problemática de la memoria en América Latina para dar cabida a las otras memorias y las memorias de otros, crear un espacio para la reflexión no necesariamente comparativa pero sí comprensiva del tema que tenga en consideración las variables del tiempo y el espacio. Son muchas las formas, prácticas y dimensiones de la memoria que deben ser estudiadas, en forma integral, para un tratamiento cabal del tema. ¿Cómo comprender las memorias nacionales sin dar cabida a las memorias de grupos étnicos, comunidades indígenas y minorías marginadas? ¿Cómo entender las nuevas formaciones estatal-nacionales sin atender a las comunidades migrantes en la diáspora? ¿Y cómo analizar las memorias migrantes —y la función que cumplen— en el reticulado flexible y transnacional de la globalización? ¿Cómo explicar la emergencia de nuevos sujetos sociales, y más aún, la irrupción de nuevas formas de subjetividad, sin atender a la mercantilización de la memoria? Mercantilización que va mucho más allá de la vulgar comercialización operada por la industria de la memoria... Memoria y estado, memoria y nación, memoria y mercado. Y en el centro, siempre, el sujeto en comunidad. Y la subjetividad.

Las reflexiones vertidas en los trabajos que conforman este *dossier* permiten ir trazando y retrazando ciertas *tramas* de la memoria en América Latina. Esta convocatoria procuró abrir la reflexión sobre los ejes de la memoria a diversas y desiguales experiencias históricas que atraviesan América Latina, focalizando en las disímiles localidades y múltiples protagonistas que disputan e interfieren tanto los procesos de globalización de la memoria como su acotación crítica a la experiencia del Cono Sur, cuya importancia cobra nuevos significados al ser cotejada

con otras experiencias latinoamericanas. En este marco surgen nuevas preguntas: ¿Cuáles son los regímenes de la memoria en América Latina? ¿Qué experiencias traumáticas convocan los saberes de la memoria? ¿Cuáles son los presentes giros de la memoria? Creemos que América Latina se vuelve a religar —como en su momento propusieran Ángel Rama y Antonio Candido— ahora bajo el signo de la memoria.

La reflexión colectiva permite ir trazando un mapa histórico y continental de las luchas por la memoria, desde las políticas de la memoria desplegadas bajo las dictaduras en el Cono Sur hasta la historia de genocidios y etnocidios perpetrada por el estado guatemalteco contra los pueblos mayas; desde esa tierra de nadie de la memoria que son los enclaves manufactureros, las zonas de maquila y las narco-fronteras, hasta las memorias desterradas de migrantes y desplazados transnacionales; desde el vaciamiento de las memorias acarreado por la globalización hasta la recuperación de las memorias largas realizadas por el katarismo en Bolivia, los zapatistas en Chiapas y otros muchos movimientos indígenas y sociales en distintos rincones de América Latina.

Obras citadas

Bruschtein, Luis. “Una declaración de libertad”. *Página/12*, 17 de abril de 2005, 4.

Cueto Rúa, Santiago. “Nacimos en su lucha, viven en la nuestra. Identidad, justicia y memoria en la agrupación HIJOS-La Plata”. *Memoria académica*. UNLP-FaHCE (2008).

<http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/library?a=d&c=tesis&d=Jte427>

Derrida, Jacques y Élisabeth Roudinesco. *Y mañana qué...* Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2009.

Galeano, Eduardo. *Memoria del fuego I. Los nacimientos*. Madrid: Siglo XXI, 1991.

Gatti, Gabriel. *Identidades desaparecidas. Peleas por el sentido en los mundos de la desaparición forzada*. Buenos Aires: Prometeo, 2011.

Jelin, Elizabeth. *Los trabajos de la memoria*, Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2002.

Prividera, Nicolás, “Plan de evasión”, 2009.

<http://haciaelbicentenario.blogspot.com/2009/05/plan-de-evasion.html>

Quijano, Aníbal. "El 'Movimiento indígena' y las cuestiones pendientes en América Latina".

Review (Fernand Braudel Center) 29.2 From Postcolonial Studies to Decolonial Studies: Decolonizing Postcolonial Studies. (2006): 189-220.

Rivera Cusicanqui, Silvia. *Violencias (re)encubiertas en Bolivia*. La Paz: La mirada salvaje/Editorial Piedra Rota, 2010.

Trigo, Abril. "Una lectura materialista de la colonialidad." *alter/nativas* 3 (2014)

<http://www.alternativas.osu.edu/es/issues/autumn-2014/essays2/trigo.html>